

HISTORIA DE AMOR SIN FINAL

*Tiene que estar en alguna
parte nuestro lugar
verdadero..., nuestro
tiempo para los dos.*

J.B. PRIESTLEY

I

Había dormitado un largo rato, recostado sobre el asiento. Miró, a través de la ventanilla, el paisaje: había cambiado. Ya no era árida y polvorienta llanura; su uniforme monotonía se había transformado en onduladas y verdes colinas. El clima también era distinto. Al aire cálido y reseco sucedía ahora una tibia brisa. Se presentía la proximidad del mar.

Restregó sus ojos adormilados. En la lejanía se divisaban unas montañas. La carretera se hacía más estrecha y accidentada, con pronunciadas curvas que impedían al vehículo una marcha veloz.

Buscó una postura más cómoda, encendió un cigarrillo y permaneció quieto, indiferente, sin pensar. Sentía esa laxitud del convaleciente, que obliga a permanecer en blanco, inactivo, ajeno al entorno. Sin embargo, algún tiempo después, los pensamientos empezaron a revolotear en su mente. Recordó su enfermedad, la aguda crisis padecida. El Dr. Suarez, amigo y compañero, la

atribuyó a un exceso de trabajo, que había desequilibrado sus nervios. A su memoria volvían, confusos, los acontecimientos. Aquello fue como sumergirse en un pozo profundo y negro, donde todo desaparecía; sólo sombras, tenebrosas sombras de intensidad variable; y esas sombras, que distinguía por su distinta negrura, como extraños fantasmas de un mundo vacío, fueron durante largos meses los únicos compañeros de su vida. Todo se había borrado. Sus ojos no veían el mundo real ni sus oídos captaban los sonidos. Su esposa, su hija, sus amigos y colegas, sus compañeros enfermos, nadie, absolutamente nadie, existían. Todo había desaparecido para él. El mundo entero, un buen día, dejó de ser.

Lo que no recordaba bien era su recuperación. Tenía la sensación de que poco a poco fueron surgiendo luces, borrosas claridades, contornos difusos, acompañados de apagados ruidos. Y un buen día apareció ante él la cara bonachona y amiga del Dr. Suarez y las sombras huyeron definitivamente. La realidad del mundo exterior se hizo patente e indubitable.

-Conozco un lugar tranquilo y apartado. Allí podrás recuperarte del todo -le había dicho su amigo.

Y hacia allí caminaba.

Durante los días que siguieron a su curación no se había preguntado sobre las causas de la crisis. Se sentía débil y admitía como buenas las explicaciones de Suárez. Pero ahora, pasado algún tiempo, su curiosidad y su costumbre, como hombre de ciencia, de indagar le impulsaban a un análisis. La explicación de agotamiento por exceso de trabajo no le satisfacía. Era un luchador y toda su vida había trabajado con igual o mayor intensidad. Por otra parte, aquello sucedió repentinamente, sin ningún estadio previo, sin ningún síntoma delator. No. La explicación no era tan simple; estaba seguro de que debía existir una serie compleja de causas motivadoras. Para hallarlas sería preciso una disección detenida de todos los acontecimientos de su vida.

El autocar serpenteada por un bello y sobrio paisaje. Al fondo se divisaba la bruma del mar. Encendió otro cigarrillo y se dispuso a reconstruir, con la meticulosidad del investigador, el pasado.

De sus primeros tiempos apenas podía destacar nada. Años de estudio con una aplicación quizá excesiva. Recordaba que el juego nunca le atrajo; prefería enfrascarse en los libros, en resolver problemas que exigieran toda su atención. Más tarde, en la Universidad, continuó con igual brillantez y exclusiva dedicación. Sus amigos le reñían por su afán de trabajo. Algunas veces, pocas, transigía con los deseos de ellos y se dejaba arrastrar a reuniones, bailes y fiestas. En estas ocasiones, aunque procuraba no desentonar, la verdad es que se sentía fuera de

lugar.

Así fue como conoció a Silvia, su mujer. Era, entonces, una jovencita atractiva. Las relaciones se iniciaron más por iniciativa de ella que por deseos de él. Ciertamente que no le disgustaba; sentía, cuando estaba a su lado y con sus besos efusivos y con sus delicadas atenciones, una vaga sensación de placer. El amor -pensaba- debe ser esto; lo demás son exageraciones literarias.

La vida matrimonial no supuso ningún cambio en su quehacer; tal vez, si acaso, una intensificación. Su existencia íntima estaba ya ordenada, reglada; podía, por tanto, dejarse absorber por el trabajo y el estudio. Sólo la enfermedad de su hija logró desestabilizar, durante cierto tiempo, aquella forma de vida. Y es que aquel pequeño ser, débil y enfermizo, era lo único que había calado hondo en su corazón. Sufrió mucho. Después, al paso de los días, se consoló pensando que la tendría siempre a su lado. Sin embargo era un falso consuelo. Cada vez que la veía en el sillón de ruedas, sentía una horrible opresión en el pecho.

El autocar se había detenido ante un pequeño restaurante.

-¡Una hora para almorzar! -gritó el conductor.

Descendieron los viajeros. Algunos, para desentumecer las piernas, pasearon por entre unos pequeños jardines que rodeaban al edificio. El dió, también, unas cuantas vueltas y luego se sentó junto a una ventana. Desde ella se veía un mar tranquilo y azul.

Comió frugalmente mientras trataba de encontrar aquella ignorada causa de la crisis. En esta etapa recordada no hallaba nada que le diera una pista. Cabía destacar, sí, un hecho singular y tal vez anómalo: la absorbente dedicación al estudio o a la tarea investigadora. Parecía como si quisiera salirse, escaparse, del mundo circundante; ignorar las existencias en derredor, tal vez la suya propia; huir de su yo, de su sentirse vivir. Desde luego esto era algo a tener en cuenta. Ignoraba el porqué de tal comportamiento pero comprendía o, mas bien, intuía, que debía esconder algún significado; porque su enfermedad, en el fondo, parecía haber sido eso: un deseo de regreso a la nada, una anulación del mundo.

-¡Nos vamos! -avisó el conductor.

El autocar se puso en marcha. La carretera bordeaba la costa, entre un soberbio paisaje de agua, rocas y pinos.

Cerró los ojos y durante unos minutos gozó de la tibia caricia de la brisa. Pero estaba obsesionado y no podía dejar de pensar. Tenía que repasar los últimos cinco años, los más cruciales. Recordó que fue en el décimo cumpleaños de su hija. Silvia había invitado a sus compañeros más íntimos. Todos querían mucho a la pequeña y ella, como todo ser débil, se había convertido en una tiranuela.

El director del Centro llegó, acompañado de una desconocida.

-Javier -dijo- te presento a tu nueva ayudante. Es una auténtica promesa en tu especialidad.

-El señor director es muy amable. Me llamo Gloria.

-Encantado, Gloria.

La velada transcurrió feliz. La niña gozó con los numerosos regalos que le habían obsequiado.

Javier, recordando aquellos momentos, no pudo menos que destacar la rara emoción con que recibió a su nueva ayudante. No era una mujer que, físicamente, destacara de las demás; resultaba atractiva y elegante; era amena e inteligente. Pero así existían mucha más mujeres y no por ello a un hombre frío y sereno como él, le invade tan extraña emoción y desasosiego como entonces le ocurrió. Pensando ahora en aquella insólita reacción suya, le encontraba cierta semejanza con el estado de ánimo de quien, aguardando algo muy deseado, cuando ya desespera y desiste de conseguirlo, se encuentra súbitamente con el objeto de su afán.

Y, efectivamente, Gloria fue eso, lo largamente esperado y, también, lo imposible de expresar. Trabajaron juntos durante días, meses, años. El se vio, no poco a poco, sino de repente, atraído por ella como por una fuerza irresistible. Y no es que Gloria diera pie. Es que ocurrió así, de pronto; desde el primer día Javier tenía la sensación de conocerla y amarla desde siempre.

Sin embargo, de sus labios, nunca salieron palabras de amor; éstas iban envueltas en las frases cotidianas, en las miradas escondidas, en el roce imprevisto. Soñaba con ella, la escuchaba y veía por todas partes. Sentía unos espantosos celos cuando alguien la cortejaba o la acompañaba. Pero era consciente de que no podía pasar de ahí. Por un lado estaba Silvia, la buena, la fiel, para quien era como un dios; por otro su hija, que le necesitaba. No podía, no, destrozarlas. Y se retorció su corazón con un dolor dulce e inútil. Ahora si sabía lo que era amor. Y sabía, también, que era correspondido en un silencio tan doloroso como el suyo.

Hubo una ocasión en que pudo explotar todo aquel sentimiento. Gloria resbaló y Javier la sujetó, atrayéndola a sus brazos. El beso fue interrumpido por los pasos de alguien que se acercaba. Cuando él lo intentó nuevamente, ella le rechazó con suavidad.

-No, por favor, Javier.

Nunca más volvió a ocurrir. Se aferró, con furia, a su quehacer, tratando de olvidarlo todo. Pasado algún tiempo Gloria se marchó. El laboratorio, desde entonces, se transformó en cárcel para él; su propio trabajo, todo su mundo,

quedaron vacíos, huecos, sin sustancia.

Por las noches se encerraba en su despacho y escribía cartas interminables sin destino.

"Te amo sobre todas las cosas. Cuando te vi, por vez primera, sabía que eras tú el objetivo de mi vida... ¿Por que llegaste tan tarde a ella? ¿Dónde estabas cuando yo te esperaba buscando distracción, por tu ausencia, en otros quehaceres?".

.....

"Analizando mi vida pasada comprendo ahora el porqué de mi desgana por el mundo y por la gente; era que te esperaba a tí, porque tú eres todo el mundo y toda la gente, todo lo bello y todo lo noble. Mi corazón quería estar virgen de cariños para ofrecerse íntegro a tí; quería, como fuente de amor, que fueras tú la primera y la única que bebiera..."

.....

"Tengo la convicción de que nuestro amor estaba predeterminado, previsto, antes de saberlo nosotros. No es explicable que surgiera tan de repente y con tanta fuerza. Y si nosotros estábamos ya destinados a amarnos, ¿Porqué no nos hemos encontrado en el momento oportuno? ¿Qué azar, que fuerza extraña ha provocado esta asincronía de nuestras vidas?".

.....

Recordaba, casi íntegros, estos escritos que después quemaba y lanzaba al viento, con la irracional esperanza de que llegaran a su destino.

No supo nada de Gloria después de su marcha ni trató de averiguar donde estaba; tenía miedo de saberlo. Poco después enfermó. Agotamiento, fue el diagnóstico. Tal vez hubiera algo de verdad; pero el resto de la verdad debió ser, estaba seguro, la tensión producido por esta penosa doble vida que durante cinco años había arrastrado.

II

Atardecía. El sol, rojo, hacía resplandecer un mar tranquilo.

-Detrás de esa curva -pensó- está el hotel. .

Unos minutos mas tarde el autocar paraba.

-Final de trayecto para los viajeros del Hotel Bahía -dijo el conductor.

Javier descendió. Era el único que se quedaba allí. Un mozo le recogió el equipaje. Observó el edificio. Era antiguo. No obstante algunas reformas con pretensiones de modernización, se adivinaba su vieja estructura. Sin embargo, en su conjunto, parecía agradable y por su situación, muy tranquilo. Era el lugar apropiado para el reposo.

El entorno tenía un aspecto familiar, de lugar conocido, tal vez porque nada extraordinario lo singularizaba.

-Le tenemos reservada la habitación 115. Tiene unas preciosas vistas al mar. -le indicó el encargado mientras subían. Y añadió: El doctor Suarez viene mucho por aquí.

La habitación era amplia y luminosa. Javier la observó con una atención extraña.

-El armario se encuentra en este pequeño cuarto accesorio.

-Sí, ya se -musitó Javier.

-¿Ha estado antes aquí?

-No.

-¿Le agrada?

-Sí, sí.

-Si necesita algo, llame por el teléfono interior.

-Muchas gracias.

Ya solo, se acercó a la ventana. Al fondo veíase en una playa breve y dorada; a la izquierda, cerrando la pequeña bahía, una roca enorme, redonda, contra cuya base se rompían las olas.

Tal vez por el término del largo viaje, o por la soledad, o por los recientes recuerdos, la verdad es que se sentía inquieto, expectante, como si estuviese a punto de recordar algo olvidado. La roca aquella, con su redondez casi perfectamente esférica, le atraía con un especial magnetismo. Permaneció largo tiempo mirándola, sin pensar en nada.

Después se tumbó en la cama. El techo estaba pintado con figuras mitológicas y bíblicas, en absurda mezcla. Había anacronismos evidentes. Paseó su vista distraídamente por todas las figuras hasta que se quedó dormido.

.....
Pasaron varios días iguales, monótonos, tediosos. Javier llegó a pensar, en algún momento, que aquella era una cura de aburrimiento. Mañanas de playa y sol; tardes de excursión por los alrededores; noches largas de lectura o televisión. Pero se sentía fortalecido. Había terminado por echar a sus fantasmas habituales. Conscientemente evitaba pensar, recordar. Silvia le llamaba diariamente y



recontaba los días que aún faltaban para reunirse con él.

En el hotel, no había gran concurrencia. Gente madura y acomodada, amantes de la paz, que adelantaba sus vacaciones; matrimonios que pasaban fuera de casa el fin de semana.

Rara vez, después de la cena, salía del hotel. Una noche, sin embargo, le apeteció el aire fresco. Hacía una temperatura agradable. Las estrellas brillaban intensamente y el mar parecía dormitar. Paseó por los jardines durante algún tiempo, hasta que sintió sueño. Decidió regresar. En el mirador, apoyado en la barandilla, alguien contemplaba el mar. La luz era tenue y apenas podía distinguirse nada.

-Buenas noches -saludó al pasar.

-Buenas noches, -le respondió una voz conocida.

Quedó inmóvil, atónito.

-¡Gloria! -exclamó

-¡Javier!

Dudaron, ambos, unos segundos. Iban a darse la mano, pero el instinto, largamente reprimido, los lanzó uno al otro en un abrazo largo, interminable, violento...

-¡Gloria!

.....

Los que siguieron fueron días intensos e inolvidables, como una recuperación del pasado imposible.

-Cuando lanzaba al viento las cenizas de mis cartas, tenía la certeza, contra toda razón, de que las palabras llegarían a tus oídos.

-Y llegaban. El viento que acariciaba mi piel me hablaba de ti. Cuando huí, porque fue huida, de tu lado, el mundo se convirtió, de súbito, en algo sórdido, incómodo, triste; la vida, por la que todos luchan, en castigo, en pesada carga. Vine a este lugar escondido para dejarme morir.

-¡Gloria!

-Pero estaba escrito que nos encontraríamos.

-Para no separarnos nunca...

.....

Tumbados en la playa, dejando que las olas mojaran sus pies, permanecieron largo rato en silencio.

-Desde que estás aquí el paisaje parece haber adquirido una luz y una belleza distintas.

-¡Que chiquillo eres! Tu cerebro racionalista debiera encontrar la explicación: es tu estado de ánimo. ¿Por qué miras siempre esa roca?

-No sé. Ejerce sobre mí una especie de fascinación.

-Desde luego es rara. Tiene una forma casi perfecta de esfera. Pero eso no debe distraerte de mí; voy a tener celos.

-Nada existe en el mundo que no seas tú. Lo llenas todo; sin tí queda vacío y sin sentido para mí.

-Exagerado.

-Es verdad. Sabes que ocurrió una vez. Por eso siempre tengo miedo de perderte.

-¿Otra vez la roca?

-Perdona, pero es un reflejo inconsciente... Parece como si quisiera decirme algo.

-Lo mejor para ahuyentar los fantasmas es ir hacia ellos. Vamos a explorarla.

-Si, vamos.

Anduvieron por la fina arena, dejando sus huellas que el agua iba borrando. Conforme se acercaban a la roca, su mole se hacía mas imponente.

-Parece que no puede subirse a ella.

-Por detrás existe un estrecho sendero

-¿Has ido antes?

-No

-¿Cómo lo sabes? Desde aquí no se ve.

-No sé. Tal vez lo he oído de alguien.

Como había bajamar, no fue difícil bordearla. Efectivamente, por el lado opuesto, existía una vereda, de difícil pendiente, por la que, con notable esfuerzo, podía ascenderse.

Emprendieron la subida, que resultó más penosa de lo que esperaban. Por fin, cansados, llegaron arriba. Nada destacable observaron. La parte superior de la esfera la formaba una breve llanura en la que existían restos de una antigua construcción. El panorama contemplado desde allí si era magnífico.

-¡Tomemos posesión de nuestra conquista! -gritó alegremente Gloria.

Javier, sin embargo, se encontraba absurdamente desasosegado.

-Gloria, no te acerques al borde, es peligroso.

-¡Sé volar como los pájaros! -rió ella-. Pero ¿qué te pasa?.

-¡Que sé yo! ¡Me siento incómodo!.

-¡Bésame!.

Volvieron en varias ocasiones por iniciativa de Gloria, a quien le encantaba aquella altitud.

-Aquí es como si en el mundo solo existiéramos tú y yo. Tengo la sensación de flotar en una extraña nave por el espacio inmenso, sin fin, con toda una eternidad para nosotros.

-¡Gloria! Te quiero con toda la locura de que es capaz un ser humano.

-Pues exijo que sea con la locura de un dios..

Al regresar al hotel observaron cierta agitación.

-¿Qué ocurrirá?.

De pronto, por una de las ventanas, salió una nube de humo negro y denso.

-Parece que hay fuego.

Gloria palideció y se refugió temblorosa en los brazos de Javier.

-No temas, no será nada. Procura controlar tus nervios. Ya no eres aquella chiquilla que sufrió el accidente.

-Yo no recuerdo haberte contado aquel incendio de casa , cuando era pequeña.

-Si no lo hubieras referido ¿cómo iba yo a saberlo?

Cuando llegaron al hotel todo estaba solucionado. Un cortocircuito había prendido unos tapices. Afortunadamente fue advertido con rapidez y el incendio careció de importancia.

.....

Gloria había traído su auto, un pequeño deportivo, rápido y seguro. Con él visitaron los lugares más cercanos y pintorescos. Vivían, ajenos a la realidad, una auténtica luna de miel.

Un día, en el pueblo más próximo, estuvieron de compras. Gloria, muy femenina, era insaciable. Todo le gustaba. De la tienda salieron cargados de paquetes.

-No te esfuerces con ese brazo -le dijo Javier al observar como pretendía coger un pesado bulto-; recuerda que lo tienes débil.

-Pero , Javier, ¿sabes lo de mi fractura?. Ni yo misma me acordaba de ella.

-¿Estás segura de no haberlo dicho?

-Sí.

-¡Qué extraño!

Quedó pensativo y serio. Cargaron el auto y emprendieron el regreso. Durante el camino Javier permaneció en silencio, con síntomas de preocupación. Gloria lo miró de reojo.

-¿Qué te ocurre? -inquirió ella.

-Lo ignoro, Gloria. Me están sucediendo cosas que no puedo explicarme.

-¿Lo de mi brazo?

-Es una de ellas.

-¡Que tontería! Seguramente alguna vez te lo he contado y no me acuerdo.

Aquella noche Javier no pudo dormir. Las ideas más contradictorias y absurdas le bullían en la mente. Se levantó, paseó por el cuarto fumando y, finalmente, se recostó en un sillón, desvelado. Por la mañana su rostro acusaba el cansancio.

-¿Estás enfermo? -le preguntó Gloria.

-No. Es que no he dormido. Vamos a la playa, quiero hablar contigo.

Bajaron. Corría una brisa fresca. En un lugar apartado, resguardados, se sentaron.

-Algo que escapa a toda explicación racional me está ocurriendo -comenzó diciendo Javier-: Pensando sobre ello, creo que tal vez haya sido consecuencia de mi enfermedad. Pero el hecho es cierto y está ahí.

-Pero, ¿qué es? -preguntó Gloria.

-No sé darte una explicación clara. Es una sensación difusa que no alcanzo a concretar. Pero existen unos datos que sí resultan evidentes.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, cuando llegué al hotel. Sabía, sin haber estado aquí, donde estaban las cosas de mi cuarto.

-No es difícil; casi todos los hoteles son iguales.

-Sabía también lo del incendio de tu casa y la fractura de tu brazo, consecuencia de una caída cuando montabas a caballo en una excursión.

-Yo no recuerdo haberte dado esos detalles.

-¿Lo comprendes ahora?

-Puede que sabiendo el hecho -la fractura- tú hayas, inconscientemente, añadido el resto de las circunstancias, que coinciden por casualidad.

-Pero es que hay más. Yo conocía el camino de la roca y nunca había estado allí.

-Algún huésped...

-Tengo la seguridad de que nadie me habló de él.

-Pura intuición, tal vez.

-No, tengo la certeza de que es otra cosa. ¿Recuerdas el incendio del otro día? Los tapices quemados cubrían unas pinturas que yo había visto antes. Y no me digas que pueden ser copias de algún museo. Son demasiado malas para estar en ninguno. Al verlas he recordado otras que las completaban. Le he preguntado

al encargado y me dijo que, efectivamente, existieron y coincidían con mi descripción; pero que al hacer una ampliación del comedor, derribaron el muro y se destruyeron.

-Bueno, habrás estado alguna otra vez aquí.

-No. Nunca visité esta zona.

Gloria no supo que decir. Veía a Javier inquieto y nervioso y no hallaba modo de tranquilizarlo.

-Durante toda la noche he tratado de buscar explicaciones para convencerme de que no existe nada anormal y no he podido encontrarlas. Los hechos, para mí, son concluyentes. Y cuando descubrimos nuevos rincones, más firme estoy en la creencia de haberlos visto antes.

-Puede ser un fenómeno de adivinación o de intuición -apuntó Gloria.

-No, no.

-¿Entonces?

Javier dudó unos instantes, pero al fin dijo:

-No me tomes por loco. Si te lo digo es porque tengo la certeza, instintiva, no racional, de que es así. Tú sabes que muchas conquistas de la ciencia se han efectuado por pura intuición. No me pidas, pues, de momento, una explicación que no puedo dar... Yo he estado antes aquí, en otra vida.

-¡Javier!

-Nosotros hemos estado aquí y nos hemos conocido en otro momento, en otro tiempo. Si piensas un poco verás como las piezas ajustan perfectamente, como las de un rompecabezas. Conocía tu fractura porque te ocurrió otra vez; te amé de repente, porque ya te había amado antes, siendo tal vez otros.

-¡Que locura!

-¡Que maravillosa realidad si es así!. Tal vez mis desequilibrios psíquicos han rasgado la película que recubría y ocultaba la memoria de otra vida; y por esa abertura aparecen retazos de una existencia vivida en distinto tiempo. Con esta hipótesis, los hechos se concatenan, encajan y tienen sentido. Mi apartamento de todo no era otra cosa que la subconsciente espera de tu llegada. Nuestro amor es la reanudación de un amor eterno.

-Me aturdes.

-Imagina que ninguna vida se extingue. La muerte sería un cambio de forma provisional, hasta volver nuevamente al mundo; iríamos por un círculo, en forma parecida a los astros, girando y retornando siempre. Así, en otro tiempo, tú y yo nos amamos, nos conocimos, porque nuestras "órbitas" coinciden y se encuentran durante un espacio temporal determinado; luego nos separamos para volver, en un futuro, a coincidir.

-Entonces, los sucesos, ¿se repetirán irremediablemente?

-Seguramente. A no ser que hubiera una forma de modificar las trayectorias.

-De todas formas pienso que tu teoría es una locura. Necesitas descanso y amor.

Se besaron apasionadamente.

.....

Los siguientes días apenas si recordaron estas preocupaciones. Les llenaba por completo todas las horas aquel amor insaciable y una actividad febril, que pretendía recuperar años de forzada ausencia y quietud.

Una noche, cuando regresaban de la playa, enlazados como adolescentes enamorados, Gloria comentó:

-Es bonita aquella teoría de volver a encontrarnos en otra vida.

-¡Y terrible! -añadió él.

-¿Por qué?

-¿Sabemos que ocurrirá en el futuro? Tal vez esta felicidad de hoy no dure mucho. La coincidencia de nuestras trayectorias puede ser breve. Estaríamos, entonces, condenados a una vida de ausencias y amarguras. Ni la esperanza de hallarnos nuevamente sería válida, porque la memoria nos fallará.

Gloria no pudo evitar un estremecimiento. El la apretó fuertemente.

-Vámonos de este lugar, Javier. Tengo miedo.

.....

Los acontecimiento se precipitaron. Silvia había avisado que llegaría la próxima semana, con la niña. La realidad brutal emergía ante ellos mostrando, crudamente, la equívoca situación de sus vidas.

El problema moral y afectivo que se le planteó a Javier fue difícil. Estaba por un lado la hija, a quien él adoraba; y estaba Silvia, una mujer admirable, sacrificada, que le había demostrado un amor más allá de cualquier límite habitual. Javier era consciente del gran dolor que produciría a las dos. Pero las circunstancias de tener a su lado a Gloria no le daba opción a ninguna duda; la pasión era más fuerte que cualquier condicionamiento, moral o afectivo.

Escribió una carta a su mujer dándole a conocer la súbita y, para ella, sin duda inexplicable decisión de abandonarlas. Sabiendo que Silvia no alcanzaría jamás a comprender las motivaciones, porque nunca sospechó nada semejante, y que trataría de justificarlas con sus recientes desequilibrios, no se esforzó demasiado en aducir razones de ningún tipo. Solo el hecho descarnado.

Mediaba la tarde cuando, colocado el equipaje en el auto, arrancaron hacia otro lugar hasta entonces indeterminado. Lo importante era alejarse de allí.

Conducía Gloria. La carretera apenas tenía tráfico. Hacía una temperatura cálida y el cielo, en gran parte cubierto de nubes, amenazaba tormenta.

-Desconozco esta parte de la región -dijo Gloria-; pero me imagino que antes del anochecer daremos con algún pueblo o albergue donde pasar la noche.

-Siendo zona turística, deben existir bastantes hoteles.

El auto rodaba rápido. Al coronar una cuesta, ráfagas de viento húmedo les obligó a subir los cristales de las ventanillas.

-Parece que tendremos tormenta -comentó él.

-Creo que nos dará tiempo de alejarnos, antes de que comience llover.

Aceleró un poco más. El paisaje se hacía más agreste y rudo. La carretera serpenteaba a considerable altura del nivel del mar; a su derecha podían verse desnudos acantilados, cuyos pies lamían las olas y barrancos de oscurecido fondo por la escasa luz del atardecer.

-No corras, Gloria.

-Soy una conductora experta. No tengas miedo.

Javier se encontraba inquieto. Aquel paisaje, al que la tarde gris daba tonos tristes, le parecía vagamente conocido. Hizo acopio de voluntad para vencer el injustificado desasosiego y guardó silencio. Pensó en su hija y no pudo evitar un sentimiento de culpa por el abandono. Se la imaginó perpleja y llorosa, tratando de explicarse la situación.

Comenzó a llover. Gruesas gotas de agua resbalaban por el parabrisas. Las nubes, cada vez más oscuras, pasaban veloces. Dirigió su mirada al frente. La carretera se escondía en una pronunciada curva, junto a un picacho desnudo y escarpado. Súbitamente, sin poder reprimirse, gritó:

-¡Para!

Demasiado tarde. Gloria, asustada y sin comprender, intentó frenar; pero ya un enorme camión, que surgió en la misma curva segundos después del grito de Javier, les embistió de costado, lanzándolos al precipicio. El auto salió disparado al vacío y luego chocó con violencia contra las rocas hasta que, dando tumbos, alcanzó el fondo de un barranco.

III

"Se que nuestro destino es amarnos en la ausencia y no puedo evitar la

rebelión desesperada de mi corazón. Donde quiera que ahora estés, Gloria, yo te envío este mensaje triste y desgarrado: te quiero, te quiero con toda mi alma... Tú no has desaparecido porque estás presente en mí mientras yo exista..."

Javier sintió pasos que se acercaban. Guardó las cuartillas donde escribía y esperó. A poco entró Silvia.

-Cariño, ¿por qué no sales?. Hace un día espléndido.

-Déjame, estoy cansado.

Ella lo acarició. Desde el accidente no se había apartado un momento de él. Milagrosamente no sufrió nada más que unas contusiones y una conmoción de la que se recuperó a los pocos días, en el hospital de un cercano pueblo. Gloria, sin embargo, no tuvo suerte; aunque ingresó con vida, no pudieron hacer nada por salvarla.

Silvia no llegó a saber nunca lo ocurrido. Para ella fue el encuentro de dos antiguos amigos y el motivo del viaje una simple excursión. Al regresar al hotel, el encargado, hombre discreto, devolvió a Javier la carta que había dejado para Silvia. Ella pretendió cambiar de lugar, con objeto de que Javier olvidara el desdichado suceso, pero él se opuso.

Sus motivos ocultos no eran otros que recordar en cada lugar, en cada objeto, los momentos vividos con Gloria. Procuraba deambular solo, para volver a los sitios donde había estado con ella, especialmente donde tantas veces había probado sus labios y estrechado su cuerpo. En la solitaria altura dejaba correr, libremente, sus lágrimas, que la brisa marina hacía más amarga.

En las noches, mientras Silvia dormía plácidamente, él permanecía desvelado, pensando y repensando todo el acontecer, extraño y fatal, de su vida. La imagen adorable de Gloria estaba grabada en su cerebro y de sus labios pugnaba por salir un continuo ¡te quiero!, que al final quedaba en un rictus triste de su rostro.

Pasados algunos días, ya un poco más sereno, analizó con la escrupulosidad del hombre de ciencia todo lo sucedido. Entonces le volvió la absurda idea de haber estado allí otra vez. Recordó cómo antes de ocurrir el accidente él lo sabía y por eso gritó. No había visto al camión cuando ordenó que parase; el picacho aquel debió traerle a la memoria el mismo acontecimiento vivido tal vez en otras vidas.

Esta idea le obsesionó de tal forma que en adelante no pensó en otra cosa, esforzándose por penetrar en el fondo de todo aquello. Cada vez se convencía más de que la vida se repite indefinidamente, de forma preestablecida, como girando sobre una órbita. La muerte solo sería una forma distinta de ser, no una anulación ni extinción, de la que se saldría en una coordenada temporal distinta

para repetir, de nuevo, toda la historia personal.

Al llegar a este punto de la teoría es donde se estremecía y sentía terror: estaba condenado a amar a Gloria con amor desesperado e inextinguible y a no poseerla nunca. Era como si sus trayectorias coincidieran sólo en un cortísimo espacio, distanciándose después. Su corazón se retorció al pensarlo y, en muchos momentos, creía volver al pozo donde estuvo sumergido durante la crisis. Para tranquilizarse escribía:

"No he tenido tiempo de expresarte mi cariño; alguien que maneja con crueldad los hilos de nuestras vidas, como si fuéramos marionetas, nos ha separado. Y yo, para que te hicieras idea aproximada de cuanto te quiero, de cuanto has penetrado en mí, precisaría años, siglos, milenios, diciéndotelo sin descanso..."

Luego quemaba el papel y lanzaba las cenizas al viento.

Un día, mientras paseaba despacio y triste por la playa desierta, pensó que tal vez fuera posible interferir las direcciones de sus vidas; que de haber algo de realidad en sus hipótesis, quizá existiera una forma de impedir el accidente, causa de la separación. Había que contar con algo anormal que trajera retazos de recuerdos. Por este lado contaba con su crisis psíquica, que le había dado una percepción desconocida para los demás y que, sin duda, volvería a repetirse. Pero también era indudable que no había bastado para impedir la muerte de Gloria. Era necesario, además, encontrar otro estímulo, otro medio que les descubriera y advirtiera, con tiempo, en una vida futura, el peligro. Así fue como se le ocurrió dejar mensajes en lugares donde pudieran encontrarlos.

Recordó la imponente e insólita roca esférica que tanto le había atraído. Era un punto ideal, porque nuevamente despertaría su curiosidad y le haría llegar hasta el mensaje.

Escribió, decidido, un relato de los sucesos con la advertencia de como debían actuar para impedir la separación en el futuro. Bien guardado en una caja metálica, subió a la roca. Un problema sobre el que no había pensado, era su colocación. Recorrió la breve superficie de la cumbre y decidió esconderlo en las ruinas que allí existían. Vio una gruesa loza y pensó que bajo ella, en la que grabaría un signo identificador, era el sitio ideal.

Escarbó para levantarla hasta hacerse sangre en los dedos. Tras mucho esfuerzo consiguió moverla. En el fondo había un hueco y un objeto metálico recubierto de óxido. Dudó unos momentos. Era un cofrecillo. En su interior existía un papel amarillento. Lo abrió tembloroso y pálido. Al leer las casi borradas líneas que contenía, se le escapó un grito dolorido, desgarrado.

-¡¡No!! ¡¡No!!

Entre sus dedos sangrantes estrujó con rabia el papel, mientras se golpeaba la cabeza contra la loza, en un ataque de furia y desesperación.

-¡Alguna vez lo conseguiré! ¡Alguna vez lo conseguiré! -volvió a gritar, enseñando los puños a un cielo gris e indiferente.

Abril, 78